

El hallazgo del megaterio en el virreinato del Río de la Plata

Una denuncia de cariz policial por robo de huesos; una pelea entre un militar y un fraile, con mutuas acusaciones de embustes y calumnias... Sólo falta una dama de mantón y abanico para completar una dieciochesca comedia de enredos.

Pero, aunque falte la dama, bien vale que se narre la historia y que sus protagonistas lleguen a obtener el favor de los lectores y su simpatía. Sin más preámbulos, pasemos a presentarlos: Fray Manuel de Torres, de la orden dominicana, natural de la Villa de Luján. Teniente Francisco Xavier Pizarro, del Real Cuerpo de Artillería. Un vecino de Luján, Francisco Xavier Pereira, acusado de robo. Don Nicolás Christóval del Campo, marqués de Loreto, Virrey, Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata. Alcaldes y secretarios. Tendrán participación especial: Carlos III, rey de España. Georges Cuvier, ilustre paleontólogo de París. Y, para no desmerecer ante las *singeries* del teatro francés, la aparición en escena del descomunal perezoso gigante de las pampas sudamericanas, el poderoso *Megatherium*...

Y se abre el telón. La historia empieza en las barrancas del río Luján, que atraviesa el poblado del mismo nombre, casi en la frontera del indio. Es el año del Señor de 1787. El fraile Manuel de Torres, que el 26 de marzo cumple treinta y siete años, pasa unos días con su familia alejado de sus tareas como segundo regente de estudios en el Convento de Predicadores de Buenos Aires. Una tarde de ese mes de marzo, mientras pasea por la costa, advierte con sorpresa que el sol ya bajo hace brillar unos objetos blancuzcos, relucientes por la humedad entre el barro arcilloso. Al acercarse, aún más sorprendido, se da cuenta de que se trata de enormes huesos, incrustados en el talud, que el batir del agua puso al descubierto.

¿Fue un hallazgo obra sólo del azar? Andrés Millé¹ supone una «finalidad investigadora» en el padre Torres, mientras que Alberto Palcos² sospecha que un hallazgo

¹ Millé, A., Itinerario de la orden dominicana en la conquista del Perú, Chile y el Tucumán, *Buenos Aires, Emecé, 1964, p. 322.*

² Palcos, A., «El extraordinario hallazgo paleontológico de 1787», *La Prensa, 5 de marzo de 1944.*

de restos presumiblemente humanos en la zona de Arrecifes, en 1766, pudo haber despertado la curiosidad del joven lujanense, que en ese entonces contaba con sólo dieciséis años, curiosidad que dos décadas más tarde lo habría llevado a encontrar unos huesos que iban a ser célebres.

Azar o finalidad investigadora, lo cierto es que el fraile Torres no despreció el tesoro que le entregaba la tierra. Como buen súbdito de la Corona, su primera acción fue informar al virrey, a través de don Manuel Warnes, alcalde de primer voto. El 3 de abril, de regreso en el convento porteño, envía una carta al marqués de Loreto acompañada de dos muelas del gran animal, «las dos últimas de la carretilla de arriba, que al romperse ésta por medio, ellas mismas cayeron de lugar»³.

La larga historia de los fósiles

Desde la antigüedad, diversos objetos encontrados en las entrañas de la tierra motivaban el interés y la intriga de filósofos e historiadores. Durante siglos, esos objetos excavados que hoy sabemos tienen origen orgánico, eran considerados en pie de igualdad con minerales diversos y la palabra *fósil* nombraba por igual a todos ellos. Como lo ha mostrado Martín Rudwick en su amena historia de la paleontología⁴, ese término recorrió un largo camino hasta transformarse en la denominación exclusiva de los restos de organismos que alguna vez habitaron el planeta. Una transformación conceptual que acompañó a profundas modificaciones en la concepción de la naturaleza y su historia.

En la época de nuestro relato, los naturalistas europeos aceptaban plenamente la idea de que los fósiles de muy diverso carácter pertenecían a organismos vivientes en el pasado y que muchos de ellos debían de corresponder a grupos taxonómicos extinguidos. Las marcadas diferencias —dentro de las semejanzas— entre especies vivientes y restos fósiles eran aceptadas en forma creciente como evidencia de ciertas relaciones que, sin embargo, no implicaban filiación. Hasta bien avanzado el siglo XVIII, la explicación corriente entre los naturalistas recurría a la idea de la extinción de especies por catástrofes —y particularmente el diluvio universal narrado en *La Biblia*—, una hipótesis que tendría su apogeo en los primeros años del siglo XIX.

Sin embargo, aunque la idea de extinción flotaba en el ambiente filosófico y científico, los métodos de investigación estaban más cerca de la práctica del historiador que de lo que habría de ser la actividad de los naturalistas del siglo XIX. Y un motivo para esto era la asentada convicción de que la historia del hombre y la historia natural eran contemporáneas: la profunda revolución causada por la geología al extender asombrosamente los tiempos hacia pasados remotísimos —algo que hoy aceptamos sin dificultad— fue un proceso largo y costoso en el cual también tuvo que ver el hallazgo de fray Torres en las barrancas de Luján.

³ Los documentos que aparecen citados en este artículo fueron transcritos sin respetar la grafía de la época. Fuentes: Trelles, M., «El padre Fray Manuel de Torres», *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, tomo IV, 1882, págs. 439-448. Palcos, A., *Nuestra ciencia y Francisco Javier Muñiz*, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1943. Los mismos documentos son transcritos por Julián Cáceres Freyre en «Contribuciones a la historia de la ciencia en la Argentina», separata de Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología, número 7, págs. 367-398, 1973.

⁴ Rudwick, M. J. S., El significado de los fósiles, *Madrid, Blume*, 1987.

El dictador de la biología

En 1796, cuando nada menos que la Revolución Francesa se interpone entre el padre Torres y nuestro próximo personaje, se publica en el *Magasin encyclopédique* de París una «Noticia acerca del esqueleto de una muy grande especie de cuadrúpedo desconocido hasta hoy, hallado en el Paraguay, y depositado en el Gabinete de Historia Natural de Madrid». La firmaba un joven anatomista de veintisiete años, Georges Cuvier, quien desde hacía dos se había incorporado al Museo Nacional de Historia Natural —creado por el gobierno republicano para dar impulso a las ciencias—, y quien acababa de proponer un concepto revolucionario: la anatomía comparada.

En la «Noticia» de 1796, Cuvier no sólo hacía anatomía comparada, sino que la aplicaba a la relación entre especies vivientes y especies fósiles. Precisamente, con el megaterio, así bautizado por él —*Megatherium*, es decir, animal enorme—, que comparaba con el unau (perezoso didáctilo) y con el aí (perezoso tridáctilo). Aunque en esta primera publicación, la gran bestia fósil todavía es identificada como «animal del Paraguay»⁵.

Estas primeras comparaciones entre la anatomía de especies vivientes y fósiles — que, además del megaterio, fueron realizadas sobre la línea filogenética de los elefantes, a partir del hallazgo de huesos de mastodonte en Ohio, ocurrido en 1739— llevarían a Cuvier a desarrollar importantísimos principios de la paleontología, como el de la subordinación de caracteres y el de la correlación de éstos. En el primer caso, establecía la primacía de ciertos caracteres anatómicos sobre otros en razón de sus funciones; en el segundo, correlacionaba tales caracteres entre distintas especies. Lograba así un tipo de clasificación que se denominó *natural*, en contraposición con las clasificaciones vigentes hasta entonces, sustentadas en criterios artificiales de ordenamiento.

Uniendo a su rigor científico una excelente habilidad para la política, Cuvier no sólo trató de imponer sus ideas científicas a través de la exposición y la polémica; durante cuatro décadas, hasta su muerte en 1832, habría de convertirse en «el dictador de la biología» en Francia. Defensor acérrimo de la hipótesis de las catástrofes naturales como explicación para la aparición y desaparición sucesivas de especies en los estratos geológicos, su obra fue el canto del cisne del creacionismo. Jean Baptiste de Lamarck y, más tarde, Charles Darwin, darían nuevo rumbo a la historia de la naturaleza. Pero esta es otra historia, de modo que volvamos a la nuestra.

Un ejemplo útil

En su monumental obra *Recherches sur les ossements fossiles*⁶, Cuvier se ocupa extensamente del megaterio, aunque lamenta no haber podido examinar personalmente el esqueleto, que se encontraba en Madrid. Sin embargo, a través de diversos cálculos trata de establecer las medidas exactas de las partes y presenta una plancha grabada con excelentes detalles de la anatomía ósea. En esta misma obra, cuyo significativo subtítulo es «Donde se han restablecido los caracteres de muchos animales cuyas

⁵ Cuvier, G., «Notice sur le squelette d'une très-grande espèce de Quadrupède inconnue jusqu'à présent, trouvé au Paraguay, et déposé au Cabinet d'Histoire Naturelle de Madrid», *Magasin encyclopédique*, 2me année, vol. 1, 1796. Posteriormente Cuvier corregirá el dato acerca del origen del esqueleto y mencionará otros restos, incompletos, que fueron hallados en el Paraguay, en *Recherche sur les ossements fossiles, ou l'on rétablit les caractères de plusieurs animaux dont les révolutions du globe ont détruit les espèces*, París, 1823 (la edición original es de 1812).

⁶ Se encuentra un ejemplar de esta obra en la biblioteca del Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, en Buenos Aires.